

\*

Rayaba el sol; el pie de la montaña  
 No hería aún con vívidos fulgores,  
 Cuando á la agreste sonora caña  
 Dieron paz estos dulces labradores.  
 Víctimas ambos de la ruda saña  
 De sus hados, fecundan los alcores  
 Y los alegran con canción divina,  
 Aunque ceñidos de punzante espina.

Una oveja, á cada uno, y un cordero  
 De castos ojos y vellón nevado,  
 Dió el Cura en recompensa, y un apero  
 De labranza, un pellico, y un cayado.  
 Tornaron al lugar por el sendero  
 Que los condujo al memorable prado  
 Con igual orden, llenos de alegría  
 Á continuar las fiestas de aquel día.

JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA.

PLEGARIA.

Exaudi Christi, PELAGIO vita.

S. Agustín, Ep. 213.

¡Oh Señor! No permitas que el Piloto  
 Que prudente gobierna nuestra nave,  
 Antes que cese de soplar el Noto,  
 Su carrera mortal rendido acabe.  
 Del errante bajel el casco roto  
 Él sólo encaminar al puerto sabe,  
 Aunque todas sus velas, á girones  
 Redujeron los recios Aquilones.

Ten piedad ¡oh Señor! de la que fuera  
 Reina una vez, Iglesia Mexicana,  
 Y ahora gime esclava y prisionera  
 Como en cerrado harem infiel sultana.  
 Sus grillos dora la Impiedad artera;  
 Con falsos oropeles la engalana;  
 Hasta su justo llanto le da enojos  
 Y seca con el látigo sus ojos.

En tamaña aflicción, sólo á una mano  
 Es dado sostener su mustia frente;  
 Sólo á un privilegiado cirujano  
 Que sus heridas lave se consiente:

Sólo á una voz de encanto sobrehumano  
 Á la infernal hipócrita Serpiente,  
 Es dado fascinar con dulce acento  
 Y repeler su emponzoñado aliento.

¡Ay si esa mano á retirarse llega!  
 ¡Ay de nosotros si esa voz se apaga!  
 ¡Ay si la muerte al Cirujano siega  
 Ó al experto Piloto el ponto traga. . . .!  
 Tu pueblo fiel rendido te lo ruega  
 En medio del placer que hora lo embriaga:  
 Libértanos ¡oh Cristo! del naufragio  
 La vida conservando al gran PELAGIO.

IPANDRO ACAICO.

## ODA.

¡Hended el éter y apiñadas nubes,  
 Penígeros querubas  
 Que revolais en torno del Eterno,  
 Y de amor inflamados  
 Fugad á los osados  
 Íncolas torvos del flagrante Averno!

Y desterrad de valles y colinas  
 Las húmidas neblinas  
 Y el escuadrón de sombras indecoro;  
 Y encended anhelantes  
 Las hachas crepitantes,  
 Y remeced los incensarios de oro.

La blanca veste el agobiado monte  
 Deponga; el horizonte  
 En áurea luz corónese y en grana;  
 Y en alas de la brisa,  
 Del cielo á la sonrisa,  
 Su aljófara venga á prodigar Diana.

Surja dejando sonrosada huella  
 La matinal estrella  
 Sobre los hielos del volcán vecino,  
 Y al zafir se levante  
 Vaporosa y tremante  
 Cual lámpara en fanal alabastrino.

Radiante el sol brotando de las ondas  
 Vierta sobre las frondas  
 De hilos de oro fúlgida cascada,  
 É irise del bravío  
 Y despeñado río  
 Que fluye plañidor la sien crespada.

Ciérnase leda matizada el ave,  
 Y exhale trino suave,  
 Encima los purpúreos ciclamores;  
 Y al labio de las fuentes  
 Los árboles olientes  
 Desparzan hojas y nectáreas flores.

Y tú, oh Padre, libre de quebranto  
 Y de júbilo santo  
 Henchido el corazón, con alto ejemplo,  
 En la esfera tranquila  
 Clavando la pupila,  
 Ven del Señor al ataviado templo.

De brocado la mitra reluciente  
 Ciña tu noble frente;  
 Cruce tu pecho zafirina estola;  
 Y de púrpura idalia  
 Con sérica sandalia  
 Al ara sube y el Cordero inmola.

Y pulsa, pulsa con ungida mano  
 El cielo soberano;  
 Al levantar al aura la Hostia pura  
 Ofrece nuestros dones;  
 Y santas bendiciones  
 Danos en prenda de eternal ventura.

Fija en tu grey la vívida mirada  
 De tí en torno agrupada;  
 Magnates y sencillos labradores,

Que con afán creciente  
 Y lengua balbuciente  
 En pregonar se esfuerzan tus loores.

Tú, por valles, colinas y montañas  
 Buscaste las cabañas  
 De los pobres, y fuiste su consuelo;  
 Sin que el Invierno frío  
 Ni el quemador Estío  
 Templar logran tu ardoroso celo.

La cátedra dejando suntüosa,  
 Ya en ermita sombrosa,  
 Ya á la margen de fuente cristalina,  
 Como su linfa, pura,  
 Con paternal dulzura  
 Anunciaste de Cristo la doctrina.

Al descreído pertinaz y al rudo  
 Luz y enseñanza; al nudo  
 Mendicante infeliz, veste y sustento  
 Próvido siempre diste;  
 Y del enfermo triste  
 Llegó á tu oído el mísero lamento.

Y de tu anhelo y férvido cariño  
 Es dulce objeto el niño  
 Huérfano y débil; curas su dolencia  
 Y le enjugas el llanto;  
 Y envuelto con tu manto  
 Le defiendes y escudas su inocencia.

¿Qué mucho que hoy, yermados monte y soto,  
 Con rama, hiedra y loto  
 Templos y hogares truequen en pensiles,  
 Y que atruenen tu oído  
 Tu nombre bendecido  
 Al resonar cien coros infantiles?

¿Los oyes? Claman, desparciendo oliva  
 Y pino: ¡Viva, viva!  
 Y al cielo encumbran tu piedad notoria;  
 Y dan al aire vago  
 En amoroso halago  
 Los himnos que entonamos á tu gloria.

¡Recibas nuestro amor! Aquestas rosas  
 Purpúreas y olorosas  
 Que ofrecemos, no han sido, no, cortadas  
 De los frescos arbustos  
 Que yérguense robustos  
 De Chipre en las florestas celebradas;

Ni estas aromas, tórtolas y mieles,  
 Tomillos y laureles  
 Ha conducido sobre el mar inquieto  
 Resbalando süave  
 Ebúrnea y griega nave  
 Del Asia, Epiro, de Híblas ó de Himeto.

Del Tepeyac la rocallosa cuesta  
 Donde tu amor apresta  
 Mansión digna á la Virgen Mexicana,  
 Campesinas palomas,  
 Lauros, mieles y gomas  
 Te brinda y rosas de esplendente grana.

¡Plegue á los cielos alongar tu vida,  
 De aquesta combatida  
 Nave gloriosa, válido Piloto,  
 En tanto la bonanza  
 Se cierna en lontananza,  
 Y no suceda el cefirillo al Noto!

¡Plegue á los cielos que letal dolencia  
 De tu hermosa existencia  
 Jamás enturbie el horizonte claro;

Y que siempre querido,  
 Loado y bendecido  
 A la grey prestes tu calor y amparo!

¡Y plegue, plegue á los benignos cielos  
 En premio á tus desvelos,  
 Dulce Pastor, y á tu piedad sincera,  
 Ceñir tu docta frente  
 Con lauro indeficiente  
 Cuando retornes á la azul esfera!

JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA.

## EL MONTE DE LOS OLIVOS.

Contra el rey padre rebelado el hijo,  
Nublábase á David el horizonte.  
Con ansia amarga y con pesar prolijo,  
Antes que armado al parricida afronte,

Sube descalzo al monte  
De los Olivos entre aguda espina,  
Con grupo breve que el temor no arredra:  
Sube, y la descubierta frente inclina  
Al golpe de la injuria y de la piedra.

Siglos después, en ese monte mismo,  
Blanco al odio del mundo á quien redime,  
De su angustia en el hondo parasismo,  
Manso Jesús, el Redentor sublime,

Trasuda sangre y gime:  
Y en hora tal, á quien sostiene el polo  
Y al irritado mar el linde acorta—  
Del mundo abandonado—el ángel sólo,  
Alargándole el cáliz, le conforta.

“Las injurias, tal vez, por mi sufridas,  
Clama David, del Redentor figura,  
Aplaquen la ira del Señor.” Vencidas  
Flaqueza humana, insólita amargura,  
Cristo el cáliz apura

Por aplacar al Padre. Sin descanso  
Cultivó del linaje humano el fundo,  
Y el cuello á la segur, cordero manso,  
Ofrece al fin porque se salve el mundo.

Así en la Ley antigua, en la Ley nueva,  
Por tradición y por mandato augusto,  
Peregrinando aquí sufre y se abreva  
En el dolor el ánimo del justo.

Llega á serle el adusto  
Ceño del odio familiar y amigo:  
A su golpe incesante cobra el seno  
Vigor, y la honda fe lleva consigo  
Del triunfo propio y del perdón ajeno.

¿Quién mejor que el levita? El óleo sacro  
Apercibe sus miembros á lid ruda:  
La vista del divino simulacro  
De codicias terrenas le desnuda:  
Si la flaqueza ó duda  
Le dan asalto, el abnegado voto  
Luz y vigor: la cruz que orna su traje  
Firme ha de hacerle, como encina al Noto,  
Contra toda injusticia y todo ultraje.

Mas ¿quién como el Pastor? Vigilia larga  
Y ojo avizor de su redil en torno:  
La propia sed abreva en onda amarga  
Y en pie se tuvo en el común trastorno.

Cual los Niños del Horno  
Incólume en las llamas, glorifica  
A Dios bajo las bóvedas del templo  
Y del mundo á la faz; de fe luz rica  
Y, al par, de caridad y amor ejemplo.

Con el báculo y honda—la prudencia  
Aquél, y la verdad ésta—su planta  
Contra espada y loriga é insolencia

De titanes adversos adelanta.  
O intima la ley santa  
Que redime á Israel, y no se inclina  
De Faraón sañudo ante el enojo;  
Nuevo Moisés, las tribus encamina  
Al través del desierto y del Mar Rojo.

Bien hayas ¡oh Pastor! Si ruge airada  
Solima contra tí, su piedra afronte  
La descubierta frente aunque apénada,  
Y en tu esperanza en Dios halla horizonte.

Sube al místico monte  
A que subió David; donde en angustia  
Mortal de Dios el Hijo, solitario,  
Lloro y sangre vertió. Desde él, bañada  
En la luz del Tabor verás la mustia  
Y ensangrentada cumbre del Calvario!